

Libro primero

XVII. El alma alaba a Dios por cinco cosas

“¡Oh tú, Dios que te derramas en tus dones,
oh tú, Dios que fluyes en tu amor,
oh tú, Dios que ardes en tu anhelo,
oh tú, Dios que te derrites en la unión con tu amada,
oh tú, Dios que descansas en mis pechos!
¡Sin ti no puedo existir!”

XVIII. Dios compara las almas con cinco cosas

“¡Oh tú, hermosa rosa en el zarzal,
oh tú, abeja que vuela en la miel,
oh tú, paloma pura en tu ser,
oh tú, sol hermoso en tu fulgor,
oh tú, luna llena en tu posición!
No puedo apartarme de ti”.

XIX. Dios le habla al alma cinco veces con cariño

“¡Eres la almohada en la que reposo,
mi lecho más delicioso,
mi descanso más oculto,
mi deseo más profundo,
mi más grande honor!
¡Eres placer para mi divinidad,
consuelo para mi humanidad,
arroyo para mi calor!”.

XX. El alma responde alabando a Dios por seis cosas

“¡Eres mi Jerusalén celeste,

deleite para mis ojos,
pérdida de mí misma,
tempestad de mi corazón,
declive y abandono de mi fuerza,
mi mayor seguridad!”

Libro segundo

II. De dos cantos de amor de aquel que fue visto amando

Me gustaría morir de amor
si me estuviese destinado.
Con mis ojos llenos de luz
vi detenerse en mi alma
a aquel al que amo.
La esposa que ha hospedado a su amado
no necesita ir lejos.
El amor no se puede apagar
si las doncellas van con insistencia tras el muchacho.
Su noble naturaleza está presta
a acogerlas de nuevo
y recostarlas junto a su corazón.
Con facilidad se les escapa esto a los necios
que aspiran al amor sin esforzarse.

“¡Oh noble águila, oh dulce cordero, oh ardor del fuego, enciéndeme!
¿Cuánto tiempo permaneceré en esta aridez?
un instante me resultaría tan penoso,
y un día me parecería como mil años,
si te alejases de mí.
Y si esto durase ocho días
preferiría ir al infierno,
¡si es donde ya estoy!
Pues que Dios esté lejos del alma amante
es un tormento mayor que la muerte física,

¡y que todo tormento, creedme!
El ruiseñor ha de cantar siempre,
pues su naturaleza resuena toda de amor;
si le privaseis de esto moriría.
¡Ah, poderoso Señor, mira mi sufrimiento!

Entonces el Espíritu Santo le dijo al alma: “Ea, noble doncella, preparaos, vuestro amado va a venir”. Ella se asustó y se alegró en lo más íntimo, y dijo: “Ah, querido mensajero, ¡si fuese así! Soy tan insignificante y tan absolutamente inconstante, que sin mi amado en ningún sitio encuentro descanso. En cuanto percibo que me enfrío un poco en mi amor hacia él, me aflijo sobremanera y pienso que he de ir tras él en medio de lamentos”. Y respondió el mensajero: “Lavaos y derramad agua sobre vos y preparad el lecho y esparcid las flores”. Y dijo el alma desvalida: “Si me lavo, tendré que avergonzarme, si derramo agua sobre mí, tendré que llorar, si preparo el lecho, tendré que confiar, si corto las flores, tendré que amar. Cuando viene mi Señor salgo de mí misma, pues me trae tantos dulces sonidos de arpa que libra mi carne de toda vacilación, y la música de su arpa está tan llena de dulzura, con ella me libra de todo pesar”.

VI. Un canto de respuesta de Dios en el alma con cinco cosas

“Si yo reluzco, tú resplandeces;
si me derramo, te mojas.
Si suspiras, atraes mi corazón divino hacia ti.
Si lloras por mí
yo te cojo en mis brazos.
Pero si amas, los dos nos hacemos uno.
Y si los dos somos uno
nunca más podrá haber separación,
y solo una deliciosa espera
existirá entre nosotros dos”.

“Señor, esperaré entonces con hambre y con sed,
con apremiante deseo
hasta el instante dichoso
en el que de tu boca divina
manen las palabras escogidas
que nadie más escucha

más que aquella alma
que se desviste del mundo
y a tu boca dirige el oído.
¡Sí, ella encuentra el amor y lo atrapa!”.

XXV: Del lamento del alma amante, cómo Dios la trata con cuidado y la priva de sus dones. De la sabiduría, con la que el alma le pregunta a Dios cómo está ella y dónde está él. Del jardín, de las flores y del canto de las doncellas

“¡Oh tú, tesoro inconmensurable en tu abundancia!
¡Oh tú, prodigio inaprehensible en tu diversidad!
¡Oh tú, honor infinito en la majestad de tu nobleza!
Cuánto te añoro
cuando por cuidarme me evitas,
ni todas las criaturas juntas podrían expresarlo
si tuviesen que dar voz a mi lamento,
pues sufro un tormento inhumano;
la muerte física me resultaría mucho más dulce.
Te busco con los pensamientos
como una doncella busca en secreto a su amado.
Por eso tengo que estar muy enferma,
pues estoy encadenada a ti.
Esta cadena es más fuerte que yo,
por eso no puedo quedar libre del amor.
Te llamo con gran ansia,
con voz lastimosa,
te espero con el corazón oprimido,
no encuentro reposo, me abraso
sin extinguirme en tu ardiente amor.
Te persigo con todo mi empeño;
si tuviese la fuerza de un gigante
la perdería al instante,
si así pudiese llegar derecha hasta tus huellas.
Ah, amado, no te me adelantes tanto

y descansa, por amor, un poco
para que pueda alcanzarte.

Ah, Señor, ya que me has privado de todo lo que tengo de ti,
déjame por tu gracia el mismo don
que le has dado por naturaleza a un perro,
esto es, que te siga siendo fiel en mi tormento
sin disgustarme de ningún modo.

Es lo que en verdad deseo,
con más fuerza que tu Reino de los cielos”.

“Amada paloma, ¡ahora escúchame!

Mi sabiduría divina te protege hasta tal punto,
que dispongo en ti todos mis dones
de forma que los puedas soportar en tu pobre cuerpo.

Tu secreta búsqueda me encontrará,
el dolor de tu corazón me subyugará,
tu dulce persecución me cansa tanto
que anhelo refrescarme
en tu alma pura
en la que estoy cautivo.

Los gemidos y estremecimientos de tu lastimado corazón
han arrojado fuera de ti mi justicia.

Esto es bueno tanto para ti como para mí:

¡No puedo ser sin ti!

Tan alejados como estamos
no podemos, sin embargo, estar separados.

No te puedo rozar tan suavemente,
sin causarle un daño inmenso a tu pobre cuerpo.

Si me entregara a ti en todo momento, tal y como deseas,
tendría que renunciar a la dulce morada sobre la tierra que tengo en ti,
pues ni siquiera miles de cuerpos podrían saciar el anhelo de un alma amante.

Por eso, cuanto más grande es el amor, más santos son los mártires”.

“Oh, Señor, tratas con demasiado cuidado mi cárcel cenagosa,
en la que bebo el agua del mundo y como con gran dolor
el pastel de cenizas de mi flaqueza.

Y estoy herida de muerte

por la flecha de tu ardiente amor.

Ahora, Señor, me dejas yacer
sin alivio en medio de un gran tormento”.

“Amor de mi corazón, reina mía,
¿hasta cuándo serás tan impaciente?

Si te hiero con más dolor,
con más amor te alivio en el mismo instante.

La inmensidad de mis riquezas es solo tuya
y hasta sobre mí tendrás poder.

Soy bueno contigo de corazón;
¡si tú tienes la balanza, yo tengo el oro!

Todo lo que has hecho, abandonado y sufrido por mí
todo eso te lo restituiré,

y yo mismo me entregaré a ti sin condiciones,
por toda la eternidad, tal y como deseas”.

“Señor, te quiero preguntar dos cosas,
infórmame de esto por tu gracia:

si mis ojos se afligen en su miseria
y mi boca enmudece por completo

y mi lengua está encadenada por el dolor
y mis sentidos me preguntan a cada momento

qué es lo que quiero, y al único que quiero,
Señor, es a ti.

Si la carne se me cae,
mi sangre se seca, mis huesos se hielan,

mis venas se contraen
y mi corazón se consume tras tu amor

y mi alma ruge
con la voz de un león hambriento,

cómo estoy yo
y dónde estás tú,
amado mío, dímelo”.

“Te sucede como a una novia recién desposada
a la que su único amado, a quien se entregó con toda confianza,
abandonó mientras dormía,

y no puede soportar que se separe de ella ni un instante.

Cuando despierta, no puede tener de él nada más
que lo que es capaz de guardar en su mente,
de aquí nacen todos sus lamentos.

Mientras el muchacho no lleve a su esposa a casa,
esta deberá estar a menudo separada de él.

Vendré a ti según me plazca, cuando quiera;
si eres dócil y tranquila

–¡y, siempre que puedas, escondes tu pesar!–

irá creciendo en ti la fuerza del amor.

Y ahora te digo donde estoy:

estoy en mí mismo en todos los lugares y en todas las cosas,
como siempre he estado, sin principio,

y te espero en el jardín del amor

y te cojo las flores de la dulce unión

y te hago un lecho con la deliciosa hierba del conocimiento sagrado;

y el resplandeciente sol de mi divinidad eterna

te ilumina con el milagro oculto de mi placer,

que has revelado como un secreto,

y doblo el árbol más alto de mi Santa Trinidad para que lo alcances.

Tú arrancas la manzana verde, blanca, roja, de mi tierna humanidad,

y la sombra de mi Espíritu Santo te resguarda

de toda tristeza terrenal;

y ya no puedes acordarte de tu pena.

Cuando rodeas el árbol

te enseño el canto de las doncellas,

la melodía, las palabras, la dulce voz,

que aquellos que están penetrados de impureza

no pueden percibir.

Antes deben experimentar un dulce arrepentimiento.

Mi amor, ahora canta y déjame escuchar cómo lo haces”.

“Ah, amadísimo mío, estoy ronca en la garganta de mi castidad,

pero el azúcar de tu dulce abundancia

ha hecho sonar mi garganta de tal forma que ahora ya solo puedo cantar:

Señor, tu sangre y la mía es una, sin impureza;

tu amor y el mío es uno, sin división;
tu ropaje y el mío es uno, sin mancha;
tu boca y la mía es una, sin besos, etc.”.

Estas son las palabras del canto.

La música del amor y el dulce sonido del corazón seguirán ocultos,
pues no hay mano humana que pueda describirlos”.

I, 17-20.

II, 2; II, 6; II, 25